

—Genaro, me dijo, poniendo su pequeña mano sobre mis ojos, ¿a que no adivinas quién soy?

—¡Vaya una adivinanza difícil! exclamé yo, mientras la preciosa Sofía tomaba asiento enfrente de mí.

—¿Sabes, Genaro, murmuró, lo que me han dicho?

—Qué preciosa?

—Que te vas á recibir de abogado en estos dias, ¿es cierto?

—No te han engañado.

—¡Conque es verdad! ¡qué apurado y afligido debes de estar!

—Mucho, Sofía, mucho.

—Y yo he pensado, prosiguió mi amiguita, que apénas te recibas, debes necesariamente abandonar el colegio, como lo hicieron mis hermanos, ¿verdad?

—Es al ménos muy posible.

—No digas así, sino mas bien asegúralo porque no podría suceder de otra manera.

—Sí, creo yo que saldré.

—En ese caso, Genaro, te vendrás á vivir á nuestro lado, ¿no es así?

Me sorprendió de tal manera la pregunta que me habia hecho mi amiguita, que no acerté á contestar.

—¡Oh Genaro, no seas así, porque vas á tener de que arrepentirte! me dijo con un tono de reproche Sofía.

—Pero ¡mi vidal! le dije, contemplándola con un semblante risueño, figúrate que me haces ciertas preguntas que no puedo contestar.

—Eso dices tú porque no tienes el corazón como el nuestro; pues de lo contrario no habrias vacilado en asegurar que te vendrias á vivir con las únicas parientes que tienes en Venecia. Figúrate, continuó con una gracia encantadora, que nosotras fuésemos á parar á Turin, que era el sitio en que, hallándote tú establecido, tuvieras tu casa, tus comodidades, etc., pues bien, ¿te gustaria Genaro, que en vez de ir á tu casa, fuésemos á un hotel, ó pusiéramos una casa para poder habitar.....? ¿Verdad que te disgustarias con nosotros?

—Ciertamente, le contesté maquinalmente á Sofía.

—Pues ya lo vés, tú mismo lo has dicho; luego si no te vinieses á vivir con nosotras, es señal de que con toda advertencia, consentimiento, y voluntad nos quieres dar un disgusto, y ¡ah Genaro, si tal hicieras serias verdaderamente indigno de perdon!

—No lo creas preciosa Sofía, tú eres ingénu

y me ofrezcas con todo tu corazón la casa; pero no todos participen de tus mismos sentimientos, mi permanencia aquí sería molesta á tus padres, les serviría de estorbo, y, en fin, todos tendrían motivos de disgusto y no de placer al tenerme á vuestro lado, porque yo no soy un joven alegre, bullicioso, amigo de fiestas, sino místico y muy afecto á mi libertad; con que ya ves que no podríamos en manera alguna congeniar.

—Eso es lo que tú crees, y ahora á nuestro ver nos tocaría el reclamarte ese lenguaje, ¡ah Genaro, el colegio te ha hecho variar mucho, tú no eres ya el mismo que ántes!

En el momento en que me disponía yo á contestar á mi amigueta, Arturo y Alfredo llegaron, y tomándome del brazo,

Ven, me dijeron, es preciso que vayamos á dar una vuelta; no que tu nunca paseas.

Me despedí de mis amigas, porque probablemente ya yo no volvería, y al fin me dirigí con Arturo y Alfredo á pasear en una preciosa góndola, por los poéticos alrededores de Venecia. Mientras caminábamos, Arturo tomándome familiarmente por la cintura me dijo:

—Genaro, tengo que revelarte hoy un secreto, que he guardado en mi interior hace más de un año, y que no quise manifestarte, sino hasta que

me hubiera podido cerciorar de que no era una ilusión sino una realidad lo que sentía.

—Si ¡y qué cosa tienes que revelarme? habla que te escucho con impaciencia.

—Entonces Arturo tomando la palabra me dijo: querido Genaro, hace algo más de un año, que al hacer un paseo parecido á este por los alrededores de Venecia, vi deslizarse rápidamente ante mi una góndola magnífica, que por su apariencia, al momento se comprendía, que debía pertenecer á una familia distinguida; iba yo solo, y como tú sabes la curiosidad en un joven es siempre uno de sus más habituales defectos. Pues bien, desde el momento en que contemplé la rapidez con que aquella ligera embarcación se deslizaba entre las olas, nació en mí el deseo de ver quien era el que iba en ella; comencé á remar con todas mis fuerzas, pero no me era posible alcanzar la ligera góndola, porque era conducida por cuatro pequeños negrillos, que la llevaban volando materialmente. Creció mi capricho á medida que la dificultad me impedía ver cumplidos mis deseos. Derepente la góndola en vez de proseguir su camino recto, varió y comenzó á regresar con la misma rapidez ¡oh no puedes imaginarte el placer que me causó la sola idea, de

que iba yo á contemplar al fin á la persona que traía aquella pequeña embarcacion.

Pocos momentos despues mi deseo se vió completamente satisfecho; pero ¡ah! ¡ojalá ese deseo nunca lo hubiera sido! Su cumplimiento es Genaro el que causará mi desdicha, porque no hay remedio, yo no puedo ser feliz!

MI amigo suspendió aquí su narracion, y yo no pude menos que instarle para que continuase, pues me interesaba vivamente por su desgracia... Arturo, despues de haberse repuesto un tanto, dijo: Si Genaro, lo que contemplé en aquella góndola, á ti tambien te habria como á mi fascinado. Entre almohadones de hermoso damasco carmesi, se hallaba muellemente reclinada una preciosa ninfa, una de esas vírgenes puras cuyo solo aspecto encienden en el alma un volcan de puro amor. Era muy jóven y en extremo bella, pero una hermosura no comun sino particular fascinadora, quizas única en su género. Vestia una larga bata de merino blanco, y se encontraba fuertemente ligada con un cinturón café que hacia lucir su finura. Sus hermosos cabellos largos y abundantes, caian en preciosos bucles sobre sus espaldas. Estaba como antes te decia muellemente reclinada, y tenía entre sus pequeñas manos un libro en el que

tenia fijos sus preciosos ojos, con atencion muy marcada. No pude contemplarla con indiferencia Genaro; desde el momento en que la vi, no sé lo que senti, pero fue algo muy extraño que antes no habia experimentado: no te negaré que, como tu sabes ya, en mi vida de colegial he sentido pequeñas simpatias, que manifestadas han formado relaciones aunque muy superficiales y cortas; pero al ver á esta jóven, Genaro, senti lo que jamás habia experimentado. Figurate que interiormente formé esta resolución, que estoy dispuesto á cumplir: si ésta muger no es mi esposa, siendo desgraciado trataré de olvidarla con una conducta impropia de mi.

—No. Arturo, le repliqué entónces; no vuelvas á repetir semejantes palabras, ellas son indignas de un jóven que, como tú, posée un fondo bien marcado de moralidad; pero prosigue, ¿qué sucedió?

—No te referiré minuciosamente el curso de estas relaciones, lo que fué aquel dia ya no la pude ver mas, porque con admirable rapidez la góndola siguió su marcha, y no me fué posible alcanzarla; pero despues trabajé tanto, recorrí tan prolijamente estos sitios, que al fin supe donde habitaba, y entónces fue cuando empecé la difícil tarea de cortejarla; figurate Genaro cual se-

ria mi osadía, mi atrevimiento. Al principio se mostró ella muy esquivo conmigo; pero ¡era una niña! una criatura tiernísima, que aun no había abrigado en ese corazón vírgen el primer fuego del amor. Mi constancia logró vencerla, y hoy ¡es mío su corazón!

—Y entonces Arturo ¿de qué te quejas? pregunté con admiración á mi amigo. Si te pertenece el corazón de esa jóven ¿qué es lo que puede hacerte desventurado? yo no acierto á comprenderlo.

—Escúchame atentamente, y verás si puedo reputarme feliz apesar de que el corazón de Clara sea mío.

—¿Clara es su nombre?

—Si amigo mío Clara; pues bien, Clara es rica aunque no sea noble, tiene un padre que la ama con delirio, y conociendo perfectamente la posición de mi pobre familia, es imposible que me diera la mano de su hija. Clara así lo comprende también, y por tanto me ha rogado que obre en todo con la mayor reserva, para que su padre no llegue á sospechar siquiera que nos amamos, de manera que en nuestras relaciones todo es temor, sobresalto y contradicción. ¿Cómo poder ser feliz de esta manera?

—Al principio, Genaro, traté de sofocar el atre-

vido pensamiento que osaba concebir, pero ¡no pude! Hace un año que amo á Clara y que solo vivo para ella; y hace cuatro meses que Clara me hizo el juramento solemne de ser mi esposa, correspondiendo despues de ocho meses de afanes mis continuas instancias. Por que mantenerte mas tiempo en la duda que ya he comprendido ha nacido en tu corazón: sí Genaro, Clara es tu tierna amiga, la hija de D. Mariano el antiguo director de nuestro colegio.

—¿Qué es lo que dices Arturo, hablas con formalidad?

—No podria chancear en una cosa tan seria ¡lo sabes ya todo! te he descubierto el secreto que tan cuidadosamente habia guardado, y que siempre te habria rebelado aunque no hubiese de por medio el interés que existe. Hemos podido Clara y yo hablar largamente sobre tí, y me ha manifestado con su habitual franqueza, el cariño verdadero que te profesa, me ha dicho, hagamos á Genaro nuestro ángel protector, y él será el que haga ménos amarga nuestra suerte; tú siendo ya su amigo íntimo, no tienes mas que hacerlo tu confidente, y yo por mi parte también depositaré en su bella alma todos mis secretos, y no lo dudes, será nuestro protector y en él encontraremos un fuerte apoyo. He aquí Genaro lo

que Clara me dijo, y yo que no veía en sus palabras sino el eco de mis sentimientos, figúrate todo el placer que en esto tendría. En todo el universo no hay nadie mas que Alfredo que sepa lo que se encierra en mi pecho; si Alfredo, que hasta hoy me ha servido de un modo tan generoso, que jamás podré olvidar, y hoy á tí es al que introduscó en los senos mas ocultos de mi interior, par que veas cuanto se encierra en ellos ¿crees que puedo ser feliz? ¿tu corazon no puede ofrecerme ningun consuelo?... ¿tú que tan íntimamente tratas á D. Mariano, y que tan inmensamente te distingúe que juzgas? ¿será fácil que con el tiempo me dé la mano de su hija?

Yo no sabía que responder á mi amigo, me parecia dificultoso el cumplimiento de sus deseos; pero no queria lastimar con mi opinion su corazon enamorado. Verdaderamente comprendí, que era un mal inmenso el que me habian hecho ambos con declararme sus secretos, porque me colocaban en la mas horrible posicion. Si como era natural, D. Mariano se opondria á estas relaciones harto desventajosas para Clara, el papel que yo hacia ayudándola era no solo odioso, sino criminal: ¿cómo corresponder las inmensas muestras de distincion que me habia dado D. Mariano con la perfidia de ayudar yo mismo á que se

le diera el golpe mortal? ¡Ah! y si él me escogia, como era natural por el inmenso afecto con que me distingia, para que yo fuera el que con mis esfuerzos tratase de evitar este golpe que le amenazaba, ¿qué haria despues de haberlos ayudado?

¿Cómo negarme por otra parte á cumplir los deseos de mis buenos amigos? ¿Seria esto posible? nó ciertamente, porque mi oposicion seria el acto mas feo de ingratitud que se podia cometer. ¿Negarme á protegerlos cuando en mi habian depositado su confianza y era yo testigo de sus sufrimientos, nó era esto posible! me haria al instante acreedor á su odio, y este odio me seria muy sensible. Tenia yo además fuertes cadenas que me unian con Clara y con Arturo; la primera se habia ofrecido á protegerme en mis aspiraciones respecto á Leonor, y sin su auxilio todo me seria imposible, y perdida la amistad de Clara, tambien era muy fácil perder la de D. Mariano, y entónces ¿qué seria de mí?... La gratitud tambien tenia en mi alma un lugar distinguido ¿cómo corresponder a amor que me habia demostrado D. Justo, siendo el verdugo de su sobrino?... no podia decidirme á ello. Comprendí por supuesto, que al ayudarlo me declaraba hasta cierto punto, enemigo de mi segundo padre... del hombre que me iba á dar un nom-

brel..... ¡una fortuna!..... ¡una posición!... que quizás con mi conducta atraería sobre mí su reprobación y su enemistad, perdiéndolo igualmente todo; pero siendo tan difícil mi posición, no tuve otro recurso; contesté á mi amigo, que con el tiempo todo lo podríamos lograr, aunque yo veía grandes dificultades; que contara con mi amistad, y que yo protegería á ambos, aunque esto pudiera traerme fuertes disgustos. Arturo me estrechó contra su corazón, mostrándome su gratitud con las mas significativas expresiones, me dijo que no podía esperar otra cosa de mi amistad, y que al siguiente día Clara sabría las bellas disposiciones de su hermano adoptivo

Quería llevarme Arturo á su casa, pero era ya muy tarde y no le pude complacer: entónces mis dos amigos me condujéron hasta la puerta del colegio, donde penetré con el corazón lleno de amargura, y pensando cada momento en lo horrible de mi posición, y en las grandes contrariedades que en lo futuro tendría que soportar. ¡Ah! como lloré aquella noche sobre la memoria de unos padres que me hubiesen podido librar de tantos males!

CAPITULO XXXIX.

Viaje de Paris á Bruselas, hermosas vistas que presenta el camino, estaciones y poblaciones cerca de las cuales se pasa.—Compiègne, recuerdos históricos.—S. Quentin.—Batalla entre los franceses y españoles.—Mons.—Nuestra llegada á Bruselas.

Comprendiendo que hacíamos mal en no ver el camino, suspendimos un breve rato la lectura, y nuestros ojos se fijaron en el campo; presentaba éste variados y agradables panoramas, la naturaleza se ostentaba allí lozana y exuberante de vida: hermosos bosques, cristalinos riachuelos, fincas perfectamente cultivadas con sus campestres habitaciones, todo se presentaba sucesivamente ante nosotras haciéndonos sentir gratas sensaciones; los rayos del agonizante sol que doraban los objetos, les prestaban aun mas atractivo; de distancia en distancia el tren se detenía en algunas poblaciones, y entónces nos divertíamos viendo la animación que reinaba en la estación, y el aspecto general del lugar en que nos hallábamos.